

Biblioteca-Films

NÚM.
392

EN LA FRONTERA

25
CTS.



Mc GANN, William H.



BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACÍA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

VALENCIA, 234 - APARTADO 707

Sdad. Gral. Española de Librería : Barbará, 16

BARCELONA

AÑO VII APARECE LOS MARTES

Núm. 392

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

EN LA FRONTERA

(ON THE BORDER, 1930)

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el simpático e inteligente actor de
cabestrillo y la noble raza perruna

RIN - TIN - TIN

Versión novelesca de E. MOLDES

E X C L U S I V A S

CINAES, S. A.

Vía Layetana, 53 Barcelona

REPARTO:

Pepita ARMIDA
Dave Hart John B. Litel
PHILIP McCULLOUGH

ARGUMENTO DE Dicha PELÍCULA

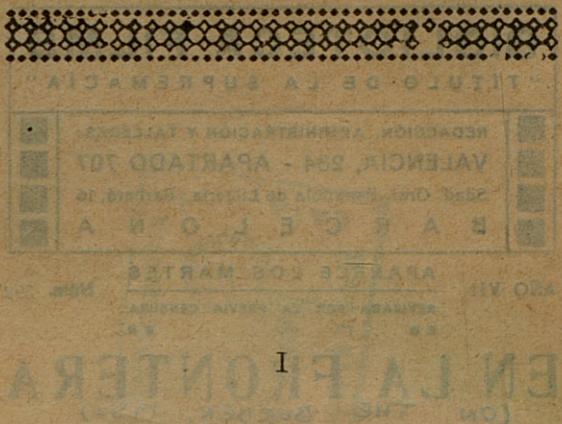
Alejémonos del puesto fronterizo. Dejemos a la policía entregada a sus dudas y cavilaciones, e internémonos en un rancho distante unos kilómetros de la frontera: el Rancho de Las Flores. Mas, antes de entrar en él, recreemos un rato la mirada contemplando a una muchacha de descuidada vestimenta, pero bonita, alegre, pizpireta, gentil. Un cascabel. O, mejor, una flor silvestre. O, más exacto todavía, uno de los lindos arroyos que bajan, saltando y cantando, de lo alto de la montaña.

Se llama Pepita y es hija única de don José, el hombre que figura como dueño del rancho de Las Flores, al cual todos respetan y consideran en la comarca. ¿Qué edad tendrá la niña? ¿Diecisiete, dieciocho años? Juega con un hermoso perro lobo, que yergue las orejas cuando su ama pronuncia el nombre de "Rinty"; a ratos habla con su compañero; a ratos canta, con la mirada perdida en el horizonte...

De pronto se vuelve bruscamente. Acaba de oír el ruido de unos motores. Por el camino polvoriento que conduce al rancho avanzan, saltando sobre los baches, tres camiones cubiertos.

Pepita se vuelve hacia su perro, que contempla también el camino con mirada inteligente:

—¿Qué opinas, "Rinty"? ¿Qué vendrán a



Desde hacía algún tiempo estaban alerta los guardianes de la frontera de Estados Unidos lindante con Méjico. De las ciudades fronterizas llegaban denuncias constantemente: grupos de chinos aparecían cada mañana, como si por la noche hubiesen llovido del cielo. Y como la inmigración china estaba prohibida en toda la nación, era de suponer que los hijos del antiguo Celeste Imperio entraban clandestinamente por la frontera de Méjico, burlando la vigilancia de sus guardianes.

Pero ¿quién se encargaba de introducirlos, como si fuesen materia de contrabando? Tal era la pregunta que, un día sí y otro también, se formulaban los guardadores de la línea divisoria de las dos naciones vecinas. Y la respuesta no llegaba nunca.

hacer aquí esas gentes?... Nada bueno, sin duda. Tal vez a sacarle dinero al pobre papá.

Se levanta rápidamente y echa a correr hacia el rancho, precedida de "Rinty", que ladra de un modo estridente.

Entretanto, los camiones se han detenido ante la casita del rancho de Las Flores y de uno de ellos desciende un hombre de unos treinta y cinco años, el cual, por su indumentaria correcta y su gesto de mando aparenta ser el jefe de los conductores y mozos que le acompañan. Don José está en la puerta de la vivienda. Ha salido, extrañado como su hija, al oír detenerse ante su casa aquellos pesados armatostes.

Es un hombre alto, fuerte, de cabello, bigote y perilla blancos. Un caballero de la época colonial, cuya semejanza aumenta el traje mejicano que viste. Con un gesto prócer tiende la mano al recién llegado y le dice sencillamente:

—Bienvenido a mi casa.

—Gracias... Me llamo Farrell; mi rancho está al lado de la frontera... ¿Podría descansar un poco aquí y refrescar las legumbres que traigo en los camiones, que con el sol se habrán recalentado?

—Mi casa y mi persona están a su disposición, señor.

Entran los dos hombres en la casa, en el momento que llega Pepita acompañada de



—Mi casa y mi persona están a su disposición.

"Rinty". Muy amable, ella saluda con una sonrisa a los hombres que se han apeado de los camiones; pero su perro no se muestra tan amable, y como si en aquellas gentes adivinase un peligro contra la tranquilidad de sus amos, arremete contra ellas, viéndose Pepita obligada a intervenir, para impedir una hecatombe.

A fin de evitar nuevos incidentes, Pepita se introdujo en la casa. En el comedor, cuando ella entró en la pieza, don José charlaba

con el sujeto que había dicho llamarse Farrell. Ante ellos, sobre la mesa, una botella de vino añejo y dos vasos medianos de líquido dorado.

Era Farrell el que hablaba en aquellos momentos:

—¿Entonces, don José, no me vende usted su rancho?

—No puedo... porque no es mío.

—¿Que no es de usted?

—No, señor, aunque todo el mundo cree que lo es...

—Explíquese usted; se lo ruego.

—En dos palabras queda explicado... Hace algunos años mis negocios iban mal y tuve necesidad de venderlo. Me lo compró el señor Martín, un hombre bueno y considerado, y quedó convenido entre los dos que, mientras el rancho de Las Flores fuése suyo, yo seguiría al frente de él como si fuiese el verdadero dueño.

Iba Farrell a hacer una nueva pregunta; pero reparó en Pepita y se levantó presurosamente. Una ojeada le bastó para apreciar que la muchacha "valía la pena", y, olvidando desde aquel momento a don José, se puso a cortejarla, sin parecer percatarse del marcado gesto de desconfianza con que la joven acogía sus galanteos.

II

Por haber entrado tan rápidamente en la casa, no pudo Pepita sorprender una escena intrigante que se desarrollaba ante ella, en la gran explanada del rancho. Los hombres de Farrell, en cuanto se vieron solos, se dirigieron a los camiones y abrieron la compuerta trasera de cada uno de ellos.

La maniobra, en apariencia, nada tenía de particular: ya Farrell había dicho a don José que aprovecharía aquel alto breve para refrescar las legumbres que transportaba. Lo extraño era que ninguno de los camiones transportaba legumbres. En cambio, los tres aparecían llenos de chinos, que se asomaban tímidamente al exterior, mirando cuánto les rodeaba con ojos asombrados.

¡Ah, si los policías de la cercana frontera hubiesen podido ser testigos de la escena!... Ninguna duda les quedaría entonces de que habían descubierto, al fin, aquella banda de contrabandistas que actuaba audazmente, burlándose de todas las leyes y de todas las vigilancias.

Pero estaban lejos, registrando cuánto vehículo se acercaba al puesto y haciendo cá-

balas sobre quiénes pudieran ser los que de tal modo les burlaban un día y otro día.

Nadie había visto a los chinos, excepto los hombres de Farrell. Es decir, alguien más los vió, pero sin dar al hecho la menor importancia. Eran dos vagabundos, de esos que llevan en las botas el polvo de todos los caminos, los cuales acababan de acercarse al rancho, con la esperanza de encontrar allí un plato de comida.

Uno de ellos, de rostro noble, a pesar de sus harapos, respondía al nombre de Dave Hart; su compañero, el tipo clásico del vagabundo incorregible, se apellidaba Dusty.

Cuando ellos entraron en la explanada del rancho, los camiones acababan de cerrarse precipitadamente y sus conductores ocupaban sus puestos en ellos. Casi al mismo tiempo salió de la casa Farrell, acompañado de don José y Pepita, y después de una despedida afectuosa, subió el jefe de la banda a uno de los camiones. Unos momentos después, entre una densa polvareda, los tres armados se perdían en una revuelta del camino.

Entonces Dave se acercó, sombrero en mano, a don José, y le dijo:

—Me llamo Art, señor, y éste es mi compañero. Buscamos trabajo.

—A nadie se niega trabajo en esta casa— respondió don José—. Entiéndanse con Pancho.



Dave Hart y Dusty eran dos pordioseros...

Pancho era el capataz del rancho, que por allí cerca andaba, y los dos vagabundos, contentos de haber resuelto su problema, siquiera fuese solamente por unos días o por unas horas, se acercaron a él. Nada tuvieron que decirle. Pancho, comprensivo, les llevó a la cocina.

Entretanto, los tres camiones se alejaban por los caminos polvorrientos. Farrell, sentado junto al conductor del primero de los vehículos, se volvió hacia éste, y como continuando un monólogo interior, le dijo:

—Tenemos que comprar a toda costa ese rancho. ¡Es el gran escondite! Está lejos de los caminos transitados, y además, don José no es nada sospechoso.

—Y si lo compramos—preguntó el conductor—, ¿llevaremos a los chinos allí?

—Ese es mi plan. Está relativamente cerca de la frontera. Dejaremos allí el “cargamento” y luego, en coches pequeños, los introduciremos de contrabando en los Estados Unidos.

—Buen plan, en efecto! Buen plan, si no nos lo desbarata la policía.

—¡La policía ni siquiera nos conoce! Como para dar un rotundo mentís a la afirmación confiada de Farrell, en aquel momento asomaron por una loma unos cuantos jinetes de la policía montada. Debieron de parecerles sospechosos aquellos autos, que, al divisarles, forzaron su marcha, por cuanto, espoleando a sus caballos, se lanzaron al galope en su persecución.

Los contrabandistas se vieron descubiertos. El terreno, lleno de baches y cubierto de pedruscos, no les permitía alcanzar la máxima velocidad. Los jinetes se acercaban; las patas extendidas de los caballos iban acortando la distancia que les separaba de los camiones. Entonces los ocupantes de éstos echaron mano de un argumento decisivo: el revólver. Y empezó, en la soledad de la llanura, un nutrido

tiroteo, que causó la muerte a uno de los perseguidores y contuvo a los demás.

Los camiones se perdieron en la lejanía. El que mandaba el destacamento de la policía se inclinó sobre su compañero muerto, y luego, con un gesto de rabia contenida murmuró:

—¡Esto me lo pagarán!

III

Cenaron bien Dave Hart y su compañero Dusty. Durmieron mejor. Y por la mañana emprendieron el trabajo. Había que esquilar numerosas ovejas del rancho, y Dave, animado por la sonrisa de Pepita, que desde que había salido el sol no se separaba de su lado, trabajaba con verdadero ahínco. No así Dusty, que, fiel a su amor a la vagancia, se echó a dormir en cuanto el capataz les dejó solos para irse a dirigir otros trabajos.

Así pasaron las horas y los días. Mientras Dusty roncaba estrepitosamente, Dave trabajaba. Y flirteaba también, que no todo ha de ser trabajar. Pepita no se le mostraba esquiva. Le alentaba con su sonrisa y con sus pa-

labras, y no parecía molestarla la corte que, ya descañadamente, le hacía el vagabundo. Dave Hart, completamente feliz, empezó a considerarse casi novio de la muchacha.

Y un buen día; mejor dicho, un día aciago, aquella dulce paz quedó truncada. Un jinete acababa de apearse a la puerta del rancho de Las Flores. Era su dueño, el señor Martín.

En su llegada imprevista presintió don José una desgracia. Y no se engañaba. El señor Martín, violentándose visiblemente para dar la mala noticia, hizo saber a don José que acababa de vender el rancho:

—Lo siento por usted, créalo... pero ¿qué voy a hacer? Me han hecho una proposición magnífica; ocasión como esta no volvería a presentárseme.

—¡Qué vamos a hacerle, señor Martín! La vida es así: unos pierden... otros ganan...

Cuando un poco después, Pepita, de regreso del campo, donde al lado de Dave había entrevisto un atisbo de felicidad, entró en la casa, su padre lloraba sentado en una silla. Corrió hacia él:

—¿Qué ha sucedido, papá?

—Han vendido el rancho, Pepita.

—Pero ¿a quién?

—No lo sé; no sé nada... Sólo sé que tenemos que irnos.

—¡Nos roban nuestro rancho!

—No hables así, hija mía; no nos lo roban... Suyo es. Nosotros no tenemos ningún derecho sobre él.

Y lloraron los dos. Y sus lágrimas eran una muda despedida a aquellas paredes que habían sido testigos de sus alegrías y de sus pesares.

Ya habrá adivinado el lector que el comprador del rancho de Las Flores no era otro que Farrell, el jefe de la banda de contrabandistas. Sus planes se habían desarrollado tal como él los había concebido. Contaba con el dinero, esa palanca que abre todas las puertas; el brillo del oro había barrido de la conciencia del señor Martín los pocos escrúpulos que hubiera podido tener por la suerte de su amigo don José, y le había inclinado a vender aquella propiedad.

De este modo Farrell "mataba dos pájaros de un tiro": de una parte, tenía un seguro escondite para guardar su "cargamento", substrayéndolo a las miradas de la policía; de otra parte, ponía a Pepita en el trance de necesitar su protección.

Por eso, el día que uno de sus compinches le anunció que don José y su hija habían salido del rancho, Farrell sintió una profunda alegría.

Tenía el contrabandista su cuartel general en Rincón, un pueblecito situado siete leguas al Sur del Rancho de Las Flores. Allí estaba

su casa, donde se daban continuamente fiestas, que con harta frecuencia se convertían en bacanales; allí, sus oficinas, en las que se preparaban y desarrollaban los pingües negocios del contrabandista, y allí, sus amplios garages, a los que se acogían, como a un refugio seguro, los camiones y los autos de su propiedad que merodeaban por las cercanías.

Aún saboreaba Farrell la alegría de saber a Pepita en camino hacia Rincón, cuando otra noticia trocó su alegría en ansiedad y en ira.

Uno de los camiones encargados de transportar chinos desde un puerto mejicano acababa de llegar al garage; pero no de un modo normal, sino precipitadamente, como quien huye de un peligro.

Le faltó tiempo a Farrell para correr al garage a enterarse de lo ocurrido, y ya allí le dieron la mala noticia:

—¡Han herido gravemente a Mack!

En efecto, el conductor aparecía exánime sobre el asiento de la delantera del camión, con el rostro ensangrentado.

Farrell se volvió hacia el otro hombre que le acompañaba:

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó.

—Fué la policía... Intentó detenernos en el mismo sitio que el otro día, y forzamos la marcha... Entonces nos persiguieron encarnadamente y nos defendimos con nuestros re-

vóveres. Cuando ya nos creíamos a salvo, de pronto Mack cayó sobre el volante: le habían herido en el pecho.

—¡Pronto, avisad al doctor!—ordenó Farrell.

—¡Malditos chinos!—murmuró el acompañante del herido.

El jefe miró uno por uno a todos los hombres que se habían reunido en el garage, y dijo con voz sorda:

—¡Tiene que haber un espía entre nosotros! No se explica de otro modo el que la policía de la frontera dispare sobre todos nuestros conductores...

PIDA el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales. LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS"

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona
Envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco c' timos
para el certificado. Franqueo gratis

de orden a su señores con su amistad, con su
mañana de amistad, con su noche de amor.

El coche de la señora pasó sin detenerse.

IV

El cochequito que conducía a don José y a su hija acababa de llegar al pueblo de Rincón y se detenía en la plaza, precisamente delante del "cuartel general" de Farrell. No venían solos el viejo y la niña, sino que les acompañaban Dave Hart y su compañero Dusty, quienes, terminado su efímero bienestar, continuaban su marcha a lo largo de los caminos del mundo.

Farrell, que desde una de las ventanas de su casa había atisbado la llegada de sus víctimas, se apresuró a salirles al encuentro, saludando a don José con grandes muestras de cariño y cortesía:

—¡Qué alegría volver a verle, don José... y a la preciosa señorita!...

La preciosa señorita volvió la cabeza con un gesto de marcado desdén y dirigió a Dave Hart, tan miserable, tan harapiento, una larga mirada, que era todo un poema.

No se desconcertó por ello el contrabandista, y tendiéndoles la mano obsequiosamente, les ayudó a descender del coche, mientras les decía:

—¡Esto sí que es una verdadera sorpresa!... Bajen, bajen... Les haré preparar un delicioso refresco.

—¿Vive usted aquí? — le preguntó don José.

—Sí, señor; en esa casa de enfrente. Allí tengo mi negocio.

Echaron a andar hacia la casa, y Pepita, aprovechando un instante en que su padre y Farrell se habían adelantado un poco, se volvió hacia Dave, que la seguía a respetuosa distancia:

—¿Se marcha, Dave?

—Sí. Continuaré vagando con Dusty. ¡Hasta la vista!

Farrell se volvió, y, muy sonriente, se dirigió a la muchacha:

—¿No viene usted, Pepita?

—Sí, voy... voy ahora mismo.

Apresuró la joven el paso para reunirse con su padre, y Farrell quedóse un poco detrás. Entonces se volvió hacia Dave y su compañero, y en voz baja les ordenó:

—¡Largo! ¡Aquí no necesitamos vagabundos!

Inició Dave un ademán violento, pero se contuvo. Pepita estaba allí, a dos pasos de distancia; no era el lugar más oportuno para dar un espectáculo.

Unos momentos después don José y su hija se hallaban en el comedor de casa de Farrell,

sentados ante la mesa, donde, en copas de límpido cristal burbujeaba el refresco ofrecido por el dueño de la casa. "Rinty" se había escondido debajo de la mesa, y cumplía concienzudamente con su deber.

Unos sorbos de refresco. Y Farrell tomó la palabra, dirigiéndose a don José, por aquello de que "se adora al santo por la peana":

—La verdad, no esperaba verles por aquí... al menos tan pronto.

—Es que el señor Martín ha vendido el rancho.

—Ya lo sé; lo compré yo.

—¿Usted?

—Sí... Pero me extraña que ustedes se hayan marchado; mi propósito era que siguiesen allí, exactamente igual que si el rancho no hubiese variado de dueño.

—Yo ignoraba...

—No se hable más del asunto. Volverán ustedes allí en cuanto quieran... Ahora, otra cosa... Esta misma noche tengo que mandar un camión al rancho de Las Flores, pero sucede que ninguno de mis hombres conoce bien el camino.

—Yo iré con ellos y se lo enseñaré.

—¡Oh! ¿lo hará usted?

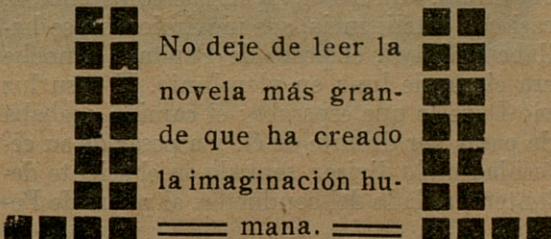
—Con mucho gusto. Lo único es... que no quisiera hacer el viaje de noche con mi hija.

—¡Eso de ningún modo! Pepita se queda-

rá aquí... Mi ama de llaves se encargará de ella.

Intentó la muchacha cambiar con su padre una mirada de inteligencia, una mirada que le hiciese comprender que ella no quería quedarse sola con aquel hombre, pero no pudo. Otra mirada se clavaba en ella, dominándola, esclavizando su voluntad: la de Farrell. Y entonces bajó los ojos y se resignó.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS



No deje de leer la
novela más gran-
de que ha creado
la imaginación hu-
mana.

LA ÚLTIMA ORDEN

por el coloso actor EMIL JANNINGS
96 páginas de texto - Precio: 1 peseta

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

V

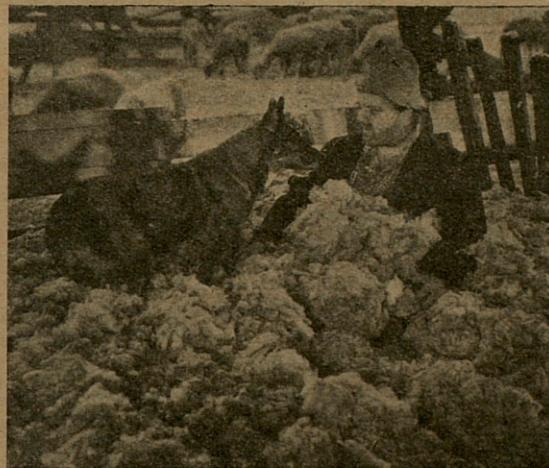
Aquella noche, en las cercanías de Rincón, en pleno bosque, brillaba una pequeña hoguera; junto a ella se sentaba un hombre: Dusty. Dave no estaba allí; andaba más lejos, oteando el camino por donde debía de pasar el camión. Junto a él, siguiendo con atención, casi con inteligencia, sus movimientos, se hallaba "Rinty", el perro de Pepita. La noche era clara, de luna en plenilunio. Y a su luz vió Dave lo que esperaba: el camión acababa de pasar por delante de él, y a pesar de su celeridad pudo divisar sentado en el asiento delantero, al lado del conductor, al padre de Pepita.

No se había equivocado: Farrell se deshacía del viejo para hacer mejor la corte a su hija.

Rápidamente Dave escribió unas líneas en un papel, y poniendo este papel en el collar de "Rinty", le ordenó:

—¡Busca a Pepita, "Rinty"!

El perro salió corriendo, y Hart volvió al lado de Dusty. Dormitaba éste, por no perder



Junto a él se hallaba «Rinty».

la costumbre, y al notar la presencia de su compañero, entreabrió perezosamente los ojos y le preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De por ahí... del camino...

—Eres el hombre más extraño que he visto, Davi. Siempre andas con misterios. ¿Qué es lo que buscas?

—Quizá lo sepas muy pronto.

Y sin decir más, se tendió al lado del fuego. Mientras tanto, en casa de Farrell brilla-

ban luces de fiesta. En cuanto el contrabandista vió alejarse a don José, arrojó a un rincón la careta de honorabilidad que se había puesto desde su llegada, y se mostró tal cual era: cínico, brutal, villano.

Perdió la casa, como por encanto, su apariencia hogareña. Como obedeciendo a una consigna, la invadieron súbitamente músicos, cantores, bailarines; un público heterogéneo y bullicioso, que sabía bien cómo empezaban y cómo terminaban las francachelas del contrabandista. Los recelos de Pepita tenían en la realidad plena confirmación.

No bien se hubo alejado de la casa el camión donde viajaba don José, Farrell empezó a tratar a la muchacha con mucho menos respeto que el que hasta entonces había tenido para ella. La consideraba ya "terreno conquistado". Sabía que don José no volvería. En el garage, mientras se hacían los preparativos de marcha, el jefe de la banda había llamado aparte los hombres que debían hacer compañía al padre de Pepita y les había dicho por lo bajo:

—En cuanto lleguéis al rancho, haced lo que os parezca mejor; pero que ese viejo no vuelva por aquí.

Y ya sabía él con qué fidelidad acataban sus subordinados sus órdenes.

Pepita hubo de fruncir el lindo entrecejo cuando vió la casa invadida por los compin-

ches de Farrell; pero con tan aparente sinceridad le hizo ver éste que si allí iba a celebrarse una "pequeña fiesta", era solamente en honor de ella, que la joven no tuvo más remedio que aceptar aquellos supuestos honores y hasta, a requerimientos del anfitrión, tuvo que coger una guitarra y cantar con aquella voz dulce que tan bien conocían los árboles que circundaban el rancho de Las Flores.

Sin embargo, pronto descubrió el engaño. A las primeras libaciones los invitados empezaron a olvidar su corrección y a comportarse como lo que eran: como rufianes. El mismo Farrell, más dueño de sí mismo que sus cómplices, no tardó en descubrir sus intenciones. Pepita, comprendiendo que se hallaba en un callejón sin salida, simuló una repentina indisposición, y a pesar de los ruegos y las protestas de su adorador, se retiró a la habitación que le habían destinado.

Pocos minutos hacia que se encontraba allí, sumida en tristes reflexiones, cuando la sobsaltó un repentino ruido en la ventana: era "Rinty", que con un limpio salto de acróbata se había encaramado hasta las alturas donde su ama se encontraba.

Lo recibió Pepita con alegría, y extrañada de su presencia y de la actitud del animal, que no cesaba de ladrar y de dar saltos, como si quisiese expresar a su manera la misión

que le habían confiado, descubrió al fin en el collar del perro el papel doblado que allí había puesto Dave Hart.

Tomólo con mano temblorosa y leyó lo que sigue:

“El camión donde viaja su padre va cargado de chinos. Lo sigo. ¡Cuidado con Farrell.—Dave.”

No tuvo tiempo de tomar una determinación. Sonaron en la puerta de su habitación unos golpes débiles, pero imperiosos. Los daba Farrell, que desde una ventana del edificio había presenciado la maniobra de Rinty.

Como Pepita tardase en abrir, el contrabandista abrió la puerta bruscamente; en su mano derecha empuñaba un revólver.

Al ver la precipitación con que la muchacha trataba de ocultar el papel que en la mano tenía, la conminó:

—¡Deme ese papel o mato al perro!

Y al decirlo, el cañón de su revólver apuntaba a “Rinty”, que, empavorecido, sabiendo quizás que aquel “juguete” encerraba la muerte, ladraba furiosamente al intruso, pero sin atreverse a lanzarse sobre él.

Pepita comprendió que Farrell llevaría a cabo su amenaza, y por salvar a “Rinty” puso el papel en sus manos. Lo leyó el hombre. Y crispando sus puños, masculló entre dientes:

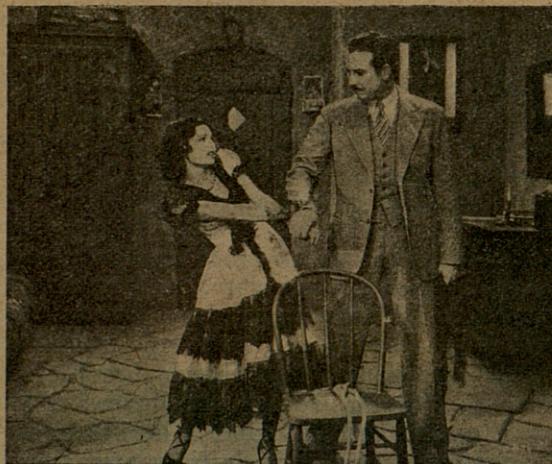
—¡Ese Dave morirá!

VI

Hemos dicho ya que la noche era clara, de plenilunio. Era tan clara, que parecía un amanecer. La llanura que debía atravesar el camión de Farrell—el trozo más peligroso del viaje—para ganar el rancho de Las Flores, aparecía, pues, bañada en una luz casi diurna. Y en esa claridad vigilaban los jinetes del destacamento de policía de la frontera; precisamente aquellos que, días atrás, persiguiendo a los camiones de Farrell, habían visto caer herido mortalmente a un compañero, alcanzado por una de las balas de los bandidos.

En el horizonte apareció un punto negro, que fué precisándose, al mismo tiempo que llegaba hasta los policías el ruido del motor. ¡Era un camión! ¡Seguramente uno de los camiones que, desde hacía algún tiempo, venían despertando sus sospechas!

Intentaron perseguirlo; pero en la noche—aunque fuese tan clara como aquella—los caballos de vapor estaban seguros de vencer a los caballos de carne y hueso.



— ¡Ese Dave morirá!

En efecto, pronto el jefe del destacamento desistió de la persecución; pero no renunció a encontrar a los bandidos. Tenía una pista: las dos líneas paralelas que las ruedas del vehículo habían ido dejando, como una estela, a lo largo del camino polvoriento. Y siguió aquellas huellas con tanta constancia y tanto tesón, que él y sus hombres se encontraron ante la casa de Farrell.

Hallábase en aquellos momentos el contrabandista tratando de convencer a Pepita de

que le convenía callarse si quería salvar a su padre, pues no debía de olvidar que don José iba en aquel camión que ella pensaba delatar. Uno de sus hombres interrumpió el diálogo llamando a la puerta y anunciando, con cara descompuesta, la visita de la policía.

Salió Farrell presuroso, y un poco después estaba en presencia del jefe del destacamento, el cual, sin detenerse en rodeos, le dijo:

— Farrell sé que esta noche ha salido de aquí un camión lleno de chinos.

— Entonces sabe usted más que yo—repuso el contrabandista con fingida calma, a tiempo que encendía un cigarrillo.

— Lo sé porque he seguido hasta aquí las huellas de las ruedas.

— Y aunque fuera cierto que hubiese salido de aquí un camión, ¿cómo sabe usted que lleva chinos?

— Tengo motivos para sospecharlo. ¿Dice usted la verdad o no?

— La verdad se la he dicho ya; no sé nada.

— ¡Peor para usted si se niega a hablar!... ¡De todos modos, mis hombres y yo sabremos encontrar ese “contrabando”! ¡Hasta luego!

Y el jefe del destacamento salió de la casa y montó a caballo, emprendiendo, seguido de sus soldados, el camino de regreso.

Unos minutos después Farrell, subiendo a un auto que acababan de prepararle en el garaje, salía en dirección del rancho de Las

Flores, inquieto por la suerte de sus cómplices.

Quedó la casa sin vigilancia; en las huestes del contrabandista, las continuas libaciones de la fiesta y las palabras del policía habían sembrado la desmoralización. Pudo, pues, Pepita, sin ser molestada, enganchar su carroaje y emprender el camino del rancho; le guiaba la esperanza de llegar a tiempo para salvar a su padre y el secreto anhelo de encontrar a Dave Hart.

No le encontró a él, de momento, pero sí a Dusty, el cual le explicó que Dave había desaparecido misteriosamente mientras él dormía.

Mientras tanto, el camión había llegado al rancho de Las Flores. Al descender del vehículo, le extrañó a don José ver catorce o quince autos en la explanada que se extendía delante de la casa; pero su extrañeza se trocó en cólera cuando advirtió que del camión, en vez de la carga de legumbres que él esperaba ver, salían veinte o treinta chinos, que habían hecho el viaje prensados como sardinas en lata.

—¡Esto no es lo convenido! —gritó—. ¡Ustedes hacen contrabando!

Le hicieron callar violentamente los hombres de Farrell, y se disponían a hacerle entrar en la casa, cuando una voz recia sonó a sus espaldas:

—¡Manos arriba!

Y al volverse vieron a Dave Hart, que empuñaba un revólver. Este se volvió hacia don José y le dijo:

—Quítelos las armas a estas gentes, señor; podrían disparárseles *sin querer*.

Hablabía con calma, fríamente, como no dando importancia a la escena. Don José se apresuró a obedecerle, y la voz de Dave volvió a ordenar:

—Ahora avise a la policía.

Iba el padre de Pepita a cumplir la orden, cuando vió que el conductor de uno de los coches, con un movimiento rápido, acababa de lanzarse sobre el vagabundo y conseguía arrebatarle el revólver.

La situación cambió en un instante. Eran ahora los cómplices de Farrell los vencedores, y Dave y don José los vencidos. No había que esperar cuartel de ellos. Ambos lo comprendieron así, sobre todo cuando, registrado el supuesto vagabundo, le encontraron en sus ropas documentos que acreditaban ser un agente secreto del Gobierno de los Estados Unidos, enviado a la frontera para tomar a su cargo la represión del contrabando de hombres que por aquellas cercanías se venía realizando.

Aquel descubrimiento exasperó aún más a los contrabandistas.

—¡Es un espía... el espía que nos delataba!
—rugió uno.

—¡Y el asesino de Mack!—gritó otro.

En aquellos momentos Farrell llegaba al rancho, y enterado de lo que ocurría, se encaró con Dave Hart:

—¡Ahora sabrá usted cómo castigamos nosotros a los espías!

Ordenó a sus hombres que amarrasen sobre la plataforma de uno de los camiones que allí había, al agente del Gobierno, y cumplida la orden, hizo dar marcha al vehículo, el cual tomó el camino de la montaña, en línea recta. No había hasta entonces peligro para Dave; pero allá a lo lejos se divisaban los precipicios que bordeaban el camino. Una pequeña desviación de las ruedas, y el camión se precipitaría en uno de aquellos abismos, arrastrando consigo a la víctima, incapaz de hacer el menor movimiento para salvarse.

Pepita y Dusty lo vieron pasar a su lado, cuando, en el cocheccillo se acercaban al rancho; pero nada podían hacer por él. Fué "Rinty", que corría junto al caballo, el que, adivinando el gran peligro en que se hallaba aquel buen amigo de su ama, saltó a la plataforma del camión, y en pocos segundos sus dientes sólidos habían aflojado las ligaduras del hombre a quien acusaban de espía.

Era tiempo. Apenas Dave y "Rinty" ha-



Fueron rodeados por la policía montada...

bían saltado al suelo, el camión se despeñaba con estrépito por un precipicio.

Cuando los cuatro llegaron al rancho, se encontraron con una grata sorpresa. El destacamento de policía de la frontera se hallaba allí. El jefe había cumplido su promesa: había encontrado el "contrabando" siguiendo las huellas del camión.

Corrió Pepita a abrazar a su padre, y fué grande la extrañeza de ambos, la de Dusty y hasta la de Farrell, cuando vieron que el

jefe del destacamento se adelantaba, y cuadrándose militarmente ante Dave Hart, le decía:

—Toda la banda está en nuestras manos.

Pepita no tardó en saber la verdad: Dave Hart era el capitán de la policía de la frontera. El que ella creía un vagabundo, el que había amado creyéndole pobre, miserable, era un hombre digno de ella.

¿Es preciso que digamos al lector el final del cuento?

Sea así: Escenario, un bosque, el mismo bosque donde trabajamos conocimiento con la graciosa Pepita; un roble milenario; y bajo aquel roble, un hombre y una mujer que, mirándose a los ojos, acercando sus labios, conjugan apasionadamente el verbo Amar, el más dulce de todos los verbos...

FIN

LA FIERECILLA DOMADA

PROTAGONISTAS:

MARY
PICKFORD



DOUGLAS
FAIRBANKS



Célebres por sus
PRODUCCIONES

Es la más

deliciosa

y

FINA NOVELA

*Si quiere
deleitarse, no
deje de leerla.*



Biblioteca Films Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previa
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
tiempo para el certificado. *Frances gratis.*